

EL ARTE EN LA RELACIÓN ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO*

Joaquín García-Huidobro

Profesor titular (Filosofía) (jgh@miuandes.cl)

ORCID: 0002-9958-8566; Scopus Author ID: 55237860800

Universidad de los Andes, Chile
Av. Mons. Álvaro del Portillo 12.455, 7620001, Santiago, Chile

Fernando Guzmán

Profesor titular (Historia del Arte) (fernando.guzman@uai.cl)

ORCID: 0000-0002-6515-8074; Scopus Author ID: 56448318400;
Researcher ID: OHT-6856-2025

Universidad Adolfo Ibáñez
Av. Diagonal Las Torres 2640, 7941169, Santiago, Chile

Recibido el 2 de febrero de 2025

Aceptado el 17 de junio de 2025

DOI: 10.37656/s20768400-2025-03-08

Resumen. *Los autores de este artículo proponen una perspectiva renovada para afrontar la comprensión de los fenómenos culturales que se produjeron en América durante la conquista española. Para hacerlo, consideran la mentalidad europea de la primera modernidad, el proceso de articulación que origina el concepto de Nuevo Mundo, así como la diversidad de tradiciones precolombinas. En el conjunto de obras que se produjeron en esa época puede observarse el proceso de formación de un Nuevo Mundo que, aunque él presente una fisonomía muy singular, configura al mismo tiempo uno solo con el Viejo Mundo.*

Palabras clave: *arte hispanoamericano, evangelización, Nuevo Mundo, culturas precolombinas, modernidad*

* Este trabajo forma parte del proyecto Fondecyt, Chile (n. 1230902). Los autores agradecen el apoyo recibido en el de Nicola Center for Ethics and Culture de la Universidad de Notre Dame.

Joaquín García-Huidobro, Fernando Guzmán

**THE ART IN THE RELATIONSHIP
BETWEEN OLD AND NEW WORLD***

Joaquín García-Huidobro

Full professor (Philosophy) (jgh@miuandes.cl)

University of the Andes, Chile

12.455 Mons. Álvaro del Portillo Av., 7620001, Santiago, Chile

ORCID: 0002-9958-8566; Scopus Author ID: 55237860800

Fernando Guzmán

Full Professor (Art History) (fernando.guzman@uai.cl)

Adolfo Ibáñez University

2640 Diagonal Las Torres Av., 7941169, Santiago, Chile

ORCID: 0000-0002-6515-8074; Scopus Author ID: 56448318400;

Researcher ID: OHT-6856-2025

Received on February 2, 2025

Accepted on June 17, 2025

DOI: 10.37656/s20768400-2025-03-08

Abstract. *This article proposes a renewed perspective to face the understanding of the cultural phenomena that took place in America during the Spanish conquest. To do so, it considers the European mentality of the first modernity, the process of articulation that originates the concept of the New World, as well as the diversity of pre-Columbian traditions. In the group of works produced at that time, it is possible to observe the process of formation of a New World that, although it presents a very singular physiognomy, at the same time configures a single one with the Old World.*

Keywords: *Hispano-American art, evangelization, New World, pre-Columbian cultures, modernity, modernity*

* This work is part of the Fondecyt project, Chile (n. 1230902). The authors are grateful for the support received at the Nicola Center for Ethics and Culture of the University of Notre Dame.

ИСКУССТВО В ОТНОШЕНИЯХ МЕЖДУ СТАРЫМ И НОВЫМ МИРОМ*

Хоакин Гарсиа-Уидобро

Профессор (Философия) (jgh@miuandes.cl)

Андский университет, Чили
Чили, 7620001, Сантьяго, Авенида Монсеньор Альваро дель Портильо,
12.455

ORCID: 0002-9958-8566; Scopus Author ID: 55237860800

Фернандо Гусман

Профессор (история искусств) (fernando.guzman@uai.cl)

Университет Адольфо Ибаньеса
Чили, 7941169, Сантьяго, Авенида Диагональ Лас-Торрес, 2640

ORCID: 0000-0002-6515-8074; Scopus Author ID: 56448318400;
Researcher ID: ОНТ-6856-2025

Статья получена 2 февраля 2025 г.

Статья принята 17 июня 2025 г.

DOI: 10.37656/s20768400-2025-03-08

***Аннотация.** Авторы статьи предлагают новый взгляд на культурные явления, происходившие в Америке во время испанского завоевания, рассматривая европейскую ментальность раннего модерна, процесс артикуляции, приведший к появлению концепции Нового Света, а также разнообразие доколумбовых традиций. Среди произведений, созданных в то время, мы можем наблюдать процесс формирования Нового Света, который при сохранении своего своеобразия, един со Старым Светом.*

***Ключевые слова:** испано-американское искусство, евангелизация, Новый Свет, доколумбовы культуры, раннее Новое время*

* Эта работа является частью проекта Fondecyt, Чили (№ 1230902). Авторы благодарны за поддержку, полученную в Центре этики и культуры Никола при Университете Нотр-Дам.

Introducción

El proceso de conquista supuso el masivo flujo de expresiones artísticas desde Europa a América. Algunos factores

que renovaron la vida europea en el siglo XV, como la imprenta, la organización del Estado Moderno y el fortalecimiento de la vida urbana, aceleraron la difusión en América de la arquitectura, pintura y escultura españolas. Pero ellas no llegaron a un espacio vacío, sino a un territorio que se encontraba poblado de imágenes y arquitectura con las que, al menos en parte, debieron convivir. El estudio de esta realidad ha originado preguntas acerca del devenir de lo europeo y lo local, que siguen alentando la reflexión académica. Lo cierto es que algunas claves para desentrañar el complejo proceso cultural que comenzó a partir del siglo XVI se encuentran de manera privilegiada en las manifestaciones artísticas que poblaron el continente desde Arizona hasta Chiloé. Se trata de una realidad que, para su comprensión, no se puede separar de los cambios que por entonces estaban ocurriendo en Europa.

Los modelos pictóricos, escultóricos y arquitectónicos provenientes de España fueron implantados en América con una velocidad que tiene pocos referentes de comparación. Este proceso implicó, directa o indirectamente, la destrucción o pérdida de una parte del patrimonio y de las tradiciones artísticas de las culturas locales. Al mismo tiempo, las manifestaciones europeas se adaptaron a nuevas circunstancias, incorporaron técnicas y materiales que les eran ajenas, y respondieron a sensibilidades diversas. Junto a lo anterior, se pueden observar pinturas, esculturas y edificaciones americanas de los siglos XVI al XVIII que parecen adaptarse perfectamente a los patrones europeos, obras en las que la huella americana no es fácil de identificar. Por otra parte, se debe prestar atención a la sobrevivencia de formas expresivas de origen prehispánico que, con diversos niveles de adaptación a lo largo del tiempo, persisten hasta la época presente. Dar cuenta de esta complejidad en un solo concepto no resulta sencillo. El propósito de este texto es mostrar que, al desplegarse en América, la cultura artística europea da lugar a algo nuevo,

producto de estas pérdidas, mutaciones, implantaciones y sobrevivencias. Europa se vuelve otra en el Nuevo Continente, y un conjunto de manifestaciones artísticas diversas lo evidencian. Este proceso, a su vez, integra lo que ocurre en América en el devenir de un único mundo. No se trata, ciertamente, de un propósito nuevo, sin embargo, la atención a la complejidad de lo que está ocurriendo permite formular una perspectiva renovada. Como no es posible hacerse cargo de las fricciones y posibles sintonías entre los puntos de vista que se expondrán y las perspectivas teóricas contemporáneas, particularmente las postcoloniales o des-coloniales [1, 2], basta señalar que el objetivo que mueve la reflexión que ahora se presenta no pareciera corresponder al ámbito de interés prioritario de esas propuestas académicas.

Ir hacia fuera

Si algo ha distinguido a la cultura europea en su milenaria historia es su carácter centrífugo [3]. No se trata solo de que los europeos hayan llevado a cabo grandes obras de conquista, pues esa es una nota común a todos los imperios, sino que en su caso existe una permanente tendencia a ir hacia fuera, a hacer suyos ciertos bienes que han nacido en otros ámbitos culturales, desde comidas hasta los dioses que se veneraban en el Panteón romano. Esta tendencia no fue interrumpida por la llegada del cristianismo, que, atendido el carácter misional que lo caracterizó desde un inicio, acentúa la tendencia a ir hacia afuera.

Por otra parte, por encima de la enorme variedad de pueblos que habitan el continente europeo, es una constante la tendencia a integrarlos en unidades superiores, como es el caso del Sacro Imperio Romano Germánico, que se presentó como heredero de una Roma que ya había muerto hacía mucho tiempo, o la noción misma de cristiandad. Bien puede decirse, entonces, que Europa constituía un mundo, lo que hoy llamamos el Viejo Mundo.

No sucedía lo mismo en las tierras a las que llegó Colón. Mientras un veneciano conocía perfectamente la existencia de la China y podía tener una idea de sus costumbres gracias a los relatos de Marco Polo, un azteca no estaba en condiciones ni siquiera de imaginarse la existencia de incas, mapuches o guaraníes. Colón no llegó a un “Nuevo Mundo”, por la simple razón de que esas tierras y pueblos no constituían entonces *un mundo*, sino más bien un conjunto de realidades heterogéneas y fragmentadas. El Nuevo Mundo es una entidad que se forjó gradualmente.

Convivir con otras culturas

El mismo año en que Colón llegaba a América, los Reyes Católicos expulsaban a los judíos de sus reinos y conquistaban la ciudad de Granada, poniendo término a la última organización política musulmana de la península. La compleja relación con las comunidades judías y el asedio a los territorios peninsulares bajo la hegemonía del islam, no fueron obstáculo para forjar en la población un hábito de vinculación con mundos culturales diversos. Las familias de judíos y musulmanes conversos, antes y después de 1492, mantuvieron costumbres, a veces imperceptibles, como la resistencia al consumo de cerdo, la tendencia a descansar los sábados o el bajar la cabeza en el momento de la elevación de la hostia [4, 5]. Sobre ellos recaía la sospecha de preservar sus antiguas creencias a pesar de haber sido bautizados. Esto despertó en algunos el rigor punitivo y en otros una razonable comprensión; así, mientras Tomás de Torquemada proponía aplicar con ellos todo el rigor del recién creado Santo Oficio [6] algunos inquisidores, como Toribio de Mogrovejo, nunca impusieron penas significativas a quienes eran acusados de seguir apegados a sus creencias judías o musulmanas [7].

De este modo, el peninsular que se encuentra ante la necesidad de convivir en América con otras culturas, posee algunas herramientas para enfrentarla [8, 9]. Sin embargo, la

experiencia era diversa, porque ahora interactúa con pueblos que no son minoría. La existencia de otra humanidad tan numerosa, con tantas diferencias entre un grupo humano y otro, instaló la idea de que se trataba de otro mundo o mundos que se articulaban como uno en la medida que avanzaba el proceso de conquista. La experiencia anterior era del todo insuficiente, pero una y otra vez se acude a ella para entender lo que se encuentra, para resolver las interrogantes teóricas y prácticas que se van planteando. Al contacto con las comunidades judías y musulmanas de la península se suma la diversidad cultural al interior de Europa y el conocimiento de los pueblos de la Antigüedad [10]. Todo este patrimonio de conocimiento y experiencias acudía al tomar contacto con los habitantes de América.

¿Cómo veían los europeos a estos pueblos? La respuesta debe ser muy diferenciada. Los primeros relatos hablan directamente de barbarie, en parte sobre la base de las primeras experiencias en las Antillas, y ellos dan pie a que diversos autores les apliquen la idea aristotélica de que hay hombres que son esclavos por naturaleza [11]. El propio Francisco de Vitoria se hace cargo de esta imagen, aunque con muchas cautelas, porque su modo de razonar es condicional: si los habitantes de Indias son como dicen los relatos, entonces ellos caen en la categoría de esclavos por naturaleza [12].

En otros casos (Las Casas, Falcón) la visión es muy positiva [13]. Para muchos franciscanos, la sencillez de los indios representaba la oportunidad de poner por obra aquel ideal evangélico de vida que los europeos habían abandonado. Así, en la primera pintura de la serie sobre la vida de San Francisco que está en el convento del mismo nombre en Santiago de Chile, aparece Joaquín de Fiore, un autor de dudosa heterodoxia que planteó la tesis de que llegaría una tercera era, la del Espíritu Santo, caracterizada por un milenio de paz sobre la tierra [14]. Sin llegar a esos extremos, el milenarismo no estuvo ausente en

la tarea de muchos de esos primeros evangelizadores y en su tendencia a idealizar la figura de los indios. Otra muestra de ciertas representaciones un tanto fantásticas que llegan a estas tierras está dada por los empeños por trasladar a la arquitectura religiosa elementos tomados de lo que suponían había sido el Templo de Salomón en Jerusalén. El caso más notable es el Santuario de Manquiri, cerca de Potosí. Como han mostrado Gisbert y de Mesa [15] esa construcción sigue el modelo imaginado por Juan Bautista de Villalpando (1552-1608) [16]. Pero también hay otros ejemplos en América que se inspiraron en el Templo, como la decoración de la Catedral de Comayagua (Honduras).

Los españoles tratan de entender la realidad que tienen enfrente con las categorías mentales que ellos traen consigo. El cronista Bernal Díaz del Castillo no puede ocultar su asombro ante la grandeza de Tenochtitlán; a propósito de su plaza principal, escribe que entre los soldados que venían en su expedición algunos “habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan acompasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no habían visto” [17, p. 201]. Hernán Cortés, por su parte, para describir los templos de los mexicas habla de “mezquitas” [18, p. 208]. Para caracterizar las obras de arte plumario realizadas por esos indígenas se dijo que estaban realizados “a la manera romana” [19].

También se emplean elementos europeos para tratar de mostrar la realidad americana desde ella misma. Así se ve, por ejemplo, en la monumental obra de Bernardino de Sahagún, dedicada a explicar las costumbres y religión de los aztecas. Este voluminoso libro está lleno de ilustraciones que están inspiradas en la iconografía precolombina [20].

En otros casos, no se trata de dar a conocer a los europeos la cultura de los indios, sino de expresar el cristianismo en las lenguas locales. Los misioneros no solo se ocupan de redactar

catecismos en quechua o aymara, esenciales para la tarea evangelizadora [21], sino también de escribir gramáticas para preservar esas lenguas, lo que no se corresponde con la extendida imagen de unos extranjeros que simplemente vinieron a aniquilar a las culturas locales [22]. El fenómeno es complejo: ciertamente hubo una amplia labor destructiva al lado de un empeño por conservar lo que se estimaba noble y compatible con la fe cristiana. La propia doctrina cristiana es expresada en Nueva España en los códigos culturales de los mexicas, como se ve en el catecismo pictórico de Pedro de Gante, donde un tlacuilo dibujó los principales misterios de la fe para facilitar la tarea de los predicadores [23]. En la misma línea de conservar lo propio del Nuevo Mundo, se desarrollan estudios botánicos y zoológicos, para mostrar las especies que habitaban en estos lugares. Muy pronto desaparecen del imaginario popular los basiliscos y dragones y son reemplazados por el yacaré, el ñandú, la llama, el jaguar, el quetzal y la anaconda [24].

Esta progresiva comprensión de los pueblos que habitaban el continente convivió con la percepción de inferioridad frente a la cultura europea. Lo anterior puede obedecer a la reacción habitual de un pueblo que vence a otro, que lo domina. Sin embargo, pareciera haber dos factores que reforzaron este punto de vista. Uno fue la conciencia española de ser portadores de una revelación divina que debía ser comunicada a una población que no tenía noticia de ella. Pero esto no sería suficiente, pues, en otros contextos, como en China, los misioneros fueron conscientes de la superioridad que mostraba, en muchos aspectos, la cultura que enfrentaban [25]. Otro elemento que pareciera haber inclinado en forma decisiva la balanza para que se consolidara la percepción de la inferioridad de las culturas americanas, fue la convicción de que carecían de lenguaje escrito. A pesar de que los códigos mesoamericanos y los kipus son formas de escritura [26, 27], las culturas prehispánicas transmitían sus saberes y preservaban sus normas

principalmente por la vía oral. La sociedad de la escritura que impusieron los españoles se extendió a todos los aspectos, llegando a dominar sobre las historias y las lenguas de los pueblos indígenas que, recogidas en crónicas, gramáticas y diccionarios, se fijaron en tinta y papel.

La llegada de la Europa moderna a las nuevas tierras está llena de ambigüedades, que explican la disparidad de interpretaciones que hasta el día de hoy constatamos a propósito de ese fenómeno histórico. Una de las causas reside en que estamos en presencia de dos empresas, la conquista y la evangelización, que se rigen por lógicas muy diferentes y con frecuencia entran en tensión, por más que, cuando se atiende a los textos de la Corona veamos que la primera solo puede justificarse por la segunda, de acuerdo con lo indicado en las bulas papales *Inter Caetera* (1493).

Por otra parte, la evangelización no fue una empresa que se rigiera por criterios únicos. Por el contrario, su puesta en marcha presentó, desde el comienzo, una gran heterogeneidad en las formas de proceder. Por una parte, algunos misioneros, obispos y curas doctrineros pusieron por delante la erradicación de todo aquello que se rotulaba como idolatría o superstición, considerándolo como condición necesaria para que arraigara la fe cristiana [28]; por otra parte, otros enfatizaban la conversión interior, eran más tolerantes con las prácticas de los indios y asumían que la reforma de las costumbres debía ser paulatina [29, 30]. Estas dos perspectivas ya se podían observar con mucha claridad en la evangelización de la población musulmana que permaneció en Granada después de 1492, un proceso que osciló entre la lógica de la atracción mediante las bondades del cristianismo, promovida por el arzobispo Fray Hernando de Talavera (1428-1507) [31, 32, 33], y la de extirpar costumbres y forzar conversiones. Esta última postura está influida por la necesidad de poner por delante los intereses de un Estado

moderno, que busca la unidad religiosa como factor de unidad política.

La idea de Granada como un laboratorio de lo que ocurría luego en América se puede extender al ámbito del arte. El mencionado arzobispo se sirvió de todos los medios y formas para convencer a la población musulmana de la superioridad del cristianismo [5, pp. 2322, 2341]. Así, la música, la escultura, la pintura y la arquitectura se desarrollaron sin límites estilísticos, acogiendo las formas modernas, las viejas soluciones medievales y los aportes mudéjares.

Desde el punto de vista de la historia de la cultura, los hombres que vienen de Castilla y otras regiones de España, tienen rasgos renacentistas, como se ve paradigmáticamente en el caso de Hernán Cortés, que emplea armas, estrategias y métodos claramente modernos, pero también traen consigo una herencia de los siglos precedentes. Por eso, no nos puede extrañar, por ejemplo, que en alguna iglesia mexicana renacentista podamos encontrar un rosetón gótico, como en el Convento de San Juan Bautista en Yecapitxtla. Son muchos los templos y conventos que combinan elementos góticos y renacentistas, porque los frailes traían una fuerte memoria del pasado [34].

Vemos en el caso americano la interacción de tres elementos distintos: de una parte, los que vienen del pasado medieval y también otros que son propios de la Modernidad, ambos de carácter europeo; pero, además, de modo muy relevante, están aquellos que son propios de las culturas autóctonas. A este escenario de gran complejidad se debe agregar el aporte cultural de la población africana y el contacto con Asia por medio del Galeón de Manila, que colaboraron en la configuración de las particularidades del arte americano [35, 36].

Elementos europeos

Los españoles llegan a Indias tras un largo proceso de reconquista de la península que culmina con la expulsión de los

musulmanes. Es decir, vienen con un espíritu de cruzada característico del Medioevo, que se superpone al ansia descubridora propia del naciente mundo moderno.

Entre los elementos claramente propios de la modernidad, quizá el más notorio es la llegada a nuestras tierras del Estado moderno, pues no existía aquí nada semejante. A diferencia de Europa, esta forma de organización se impuso con gran facilidad y permitió dar una forma institucional común a todo el continente, pues los reinos americanos pasaron a ser parte de una monarquía plural. Por contraste con la monarquía estamental de la Edad Media, el Estado moderno se presenta con un carácter absoluto, no en el sentido de arbitrario o ilimitado, sino desligado de los antiguos parlamentos (las cortes) “y en condiciones de asumir por sí solo las tareas de gobierno” [37]. Para hacerlo se provee de un conjunto de oficiales que, bajo dependencia del rey, asumen el gobierno de la población; un ejército regular, que reemplaza a los ejércitos feudales aportados por nobles y ciudades, “y una hacienda real con recursos permanentes para sostener el ejército y los oficiales del rey y las demás obras de bien público” [37, p. 35]. Hay que tener en cuenta que en América no había una nobleza de carácter feudal que opusiera una constante resistencia a esa novedosa forma política. Además, la Corona siguió una estrategia particularmente hábil, pues le reconoció los títulos de nobleza y los privilegios a los caciques que se sumaran a su causa. Hay numerosos ejemplos pictóricos que muestran ese reconocimiento, desde la pintura cusqueña que muestra el matrimonio entre la ñusta (princesa) Beatriz Clara Coya (c. 1536-1600) y el noble español Don Martín García Oñez de Loyola (1553-1598), hasta los diversos cuadros que contienen a los reyes del Perú, donde se suceden las efigies de los incas y los reyes españoles como si simplemente hubiese tenido lugar un cambio de dinastía. Los indios nobles eran educados en colegios especialmente organizados para ellos, donde recibían una esmerada instrucción, que comprendía incluso el latín [38, 39].

Así, las capas dirigentes de las culturas locales son introducidas en el mundo de la escritura.

Por otra parte, como el mundo moderno del que venían los europeos era notoriamente urbano, no hay que extrañar el gran empeño por fundar ciudades. Ciertamente en la época precolombina había algunas ciudades muy relevantes, como Tenochtitlan y el Cusco, que se comparaban a las mejores urbes europeas, pero el siglo XVI fue testigo de una verdadera multiplicación de este modo de organización de la convivencia, que se impulsó también por razones evangelizadoras. Se consideraba que la tarea catequética se iba a facilitar enormemente, como de hecho sucedió: en vez de vivir dispersos, se los agrupaba en ciudades y se les enseñaba a llevar una existencia política y de ese modo se los alejaba de aquellas costumbres que se consideraban bárbaras [40]. A diferencia de las ciudades europeas, las del Nuevo Mundo están perfectamente ordenadas, puesto que por lo general se fundan de nueva plana.

En el afán por ordenar y comprender la realidad a la que se accedía, se observa en los europeos un constante empeño por hacer mapas que muchas veces destacan por su belleza. La cartografía no era simplemente una herramienta para orientarse en esas tierras tan amplias, sino también, y quizá principalmente, un modo de entender el mundo. Desde mucho tiempo antes los europeos habían puesto en los extremos de sus mapas la expresión *terra incognita* o *terra ignota*, lo que refleja no solo la conciencia de quien reconoce que no sabe, sino también la idea de que existe toda una parte de la tierra que todavía hay que descubrir, lo que muestra una vez más ese carácter centrífugo de la cultura europea. De manera más negativa, el Globo de Hunt-Lenox (c. 1510) contiene al este de la península de Indochina la famosa expresión *hic sunt dracones*: aquí hay dragones, es decir, un mundo amenazante. Visto desde hoy, es notable el rápido perfeccionamiento que experimenta la cartografía en los siglos XVI y XVII. Este

proceso constituye una muestra de esa característica europea de entender lo que está más allá de ella. No parece que se aprecie nada semejante, al menos en esa magnitud, en otros medios culturales. De hecho, no puede extrañarnos que Hernán Cortés se haya preocupado especialmente de enviar a Carlos V un mapa de Tenochtitlán, que, transformado por un dibujante alemán, fue publicado en la edición latina de sus cartas, impresa en Nüremberg en 1524 [41]. En las nuevas tierras, entonces, no había ignotas creaturas monstruosas –dragones–, sino que constituían una realidad que podía ser conocida.

En el campo del arte, destaca el predominio que adquiere la pintura y, dentro de ella, la que se ejecuta con óleos sobre lienzos. Se trata de un soporte artístico que permite producir imágenes planas de gran tamaño, livianas y muy fáciles de transportar. Por otra parte, los pigmentos aglutinados al óleo, desarrollados durante el siglo XV en Flandes, facilitan lograr colores más brillantes y trazos más finos. Las culturas precolombinas exhibieron también manifestaciones muy particulares, como los relieves policromados, los textiles plumarios o las expresiones rupestres; algunas de esas manifestaciones sobrevivieron en el nuevo contexto, mientras que otras se extinguieron o se modificaron en forma severa. Lo cierto es que no existía nada parecido a la pintura al óleo sobre lienzo, antecedente que permite calibrar la relevancia de la llegada a América de este formato artístico tan característico de la modernidad. Estas pinturas sirvieron para plasmar, como en Europa, retratos, y escenas históricas o de la mitología clásica; sin embargo, como es bien sabido, la mayoría de las pinturas representaban temáticas cristianas y eran realizadas para ser colgadas en iglesias y capillas. De este modo se ofrecía a la población local una experiencia nueva: un edificio que contenía en su interior un amplio repertorio de imágenes de diversos formatos.

Elementos propios

Europa no se instaló en América como un simple trasplante, al modo que sucedió con los ingleses que vivían en la India, en China o en África, que fundaron colonias. Aquí estamos en presencia de una monarquía plural, donde diversos reinos, tanto los peninsulares como los de Indias se articulan en torno a la misma corona. Hablar de la época “colonial”, al menos durante los Habsburgo, refleja una insuficiente comprensión no solo respecto de lo que constituye una colonia, sino también del modo en que se organizó la existencia en esta parte del mundo, que había dejado de ser un conjunto de tierras ignotas ni, mucho menos, estaban pobladas por dragones. Aquí se produjo una fusión, que se expresa tanto en el fenómeno del mestizaje, como en el derecho y el arte.

Desde un punto de vista formal, se aprecia la reticencia de los artistas locales a utilizar formas artísticas típicamente modernas, singularmente el uso de la perspectiva, porque les parece que no son auténticas. Al mismo tiempo, en esas obras muchas veces la proporción de las diversas figuras no pretende ajustarse a la realidad, sino a la importancia del tema tratado. A ellos les parece evidente, por ejemplo, que la imagen de la Virgen o de un santo no puede tener el mismo tamaño que aquellas cuya función es representar a los donantes u otros temas u objetos de carácter profano.

En todo caso, la influencia europea o, para nuestros efectos, de la modernidad, varía mucho según los lugares, y es más apreciable en México, donde había una mayor presencia de maestros españoles, que en el Virreinato del Perú, donde el protagonismo de la creación artística lo tenían los indígenas.

Conclusiones

El proceso que comenzó el 12 de octubre de 1492 tuvo lugar en un momento en que Europa conoce lo que hoy llamamos la temprana modernidad. Muchas realidades que entonces nacían

en Europa llegaron también a Indias, pero adoptaron modalidades originales. Los europeos mismos experimentaron una fuerte transformación en su contacto con las nuevas tierras, en un proceso que el escritor cubano José Lezama Lima ha llamado la “contraconquista” [42]. Así, los nietos de los conquistadores ya no eran unos españoles trasplantados, sino unos criollos que vivían en ciudades, tenían un derecho, se alimentaban y mantenían una idea de la naturaleza muy distintos de las que habían traído sus abuelos. Del mismo modo, los indios se distanciaron en muchos aspectos de sus antepasados, incorporando como algo que les era propio las prácticas de piedad cristiana, el uso de las normas escritas y otros rasgos de la cultura europea.

La importancia del proceso que se llevó a cabo en estas tierras desde fines del siglo XV no solo fue relevante para los que viven allí, sino que permitió que Europa empezara a formar parte de un mundo que iba mucho más allá de ella. En suma, un complejo entramado de conocimientos y costumbres enlazó a las diversas culturas del Nuevo Continente y a estas con Europa. La permanente tendencia europea de ir hacia fuera se había hecho realidad, transformando, una vez más, su propio mundo.

Se trata de una realidad nueva, no exenta de fricciones, donde incluso lo más ajeno pierde esa condición: ya no son tierras pobladas por ignotos dragones sino una realidad reconocible.

Bibliografía References Библиография

1. Said E. Orientalism reconsidered. *Cultural Critique*, 1985, vol. 63, no. 1, pp. 89-107.

2. Mignolo W. El pensamiento des-colonial, desprendimiento y apertura: un manifiesto. *Revista Telar*, 2008, vol. 5, núm. 6, pp. 7-38.

3. D’Agostino F. Raíces y futuro de la identidad europea. *Persona y Derecho*, 2003, vol. 49, pp. 33-41.

4. Carrete Parrondo C., Moreno Koch Y. Duelos os dé Dios... e avrá cristiandad. Nueva página sobre el criptojudasmo castellano. *Sefarad*, 1992, vol. 52, núm. 2, pp. 369-380.

5. Pereda F. Las imágenes de la discordia política y poética de la imagen sagrada en la España del 400. Madrid, Marcial Pons, 2007, 430 p.

6. Meseguer Fernández J. Instrucciones de Tomás de Torquemada a la Inquisición. *Hispania Sacra*, 1982, vol. 34, núm. 69, pp. 197-215.

7. Pérez de Colosía M.I. Toribio de Mogrovejo, inquisidor del Santo Oficio de Granada. *Baetica: estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 1988, vol. 11, pp. 417-434.

8. Cool K. Musulmanes y chichimecas en la Nueva España: Los debates sobre la guerra justa y la esclavitud indígena. *Anuario de Estudios Americanos*, 2013, vol. 70, no. 1, pp. 15-38.

9. Sáenz-López Pérez S. Las primeras imágenes occidentales de los indígenas americanos: entre la tradición medieval y los inicios de la antropología moderna. *Anales de Historia del Arte*, 2011, núm. extra 1, pp. 463-481.

10. Bravo-García E., Cáceres Lorenzo M.T. La expresión de los cronistas de Indias en el contexto de la mentalidad renacentista. En: Cairo Carou H., Cabezas González A., Mallo Gutiérrez T., Del Campo García E., Carpio Martín J., eds. América Latina: la autonomía de una región. Madrid, Trama Editorial / CEEIB, 2013, pp. 1094-1102.

11. Ginés de Sepúlveda J. Demócrates Segundo. Apología en favor del libro sobre las justas causas de la guerra. Rodríguez Peregrina E., ed. Vol. III. Pozoblanco, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1997, 237 p.

12. De Vitoria F. Relectio de Indis o libertad de los indios. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967, 239 p.

13. Falcón F. Representación hecha por el licenciado Falcón en Concilio provincial, sobre los daños y molestias que se hacen a los indios. En: Urteaga H., Romero C.A., eds. Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas. Lima, Sanmartí y Ca., 1918, pp. 134-176.

14. De Lubac H. La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore. Madrid, Encuentro, 1989, 408 p. Para la pintura mencionada: Mebold Könenkamp L. Catálogo de pintura colonial en Chile: Convento-museo San Francisco – Santiago. Siglos XVII-XIX. Montoya Véliz J., ed. Vol. II. Santiago de Chile, Ediciones UC, 2010, 417 p.

15. Gisbert T., De Mesa J. La tradición bíblica en el arte virreinal. La Paz, Los amigos del libro, 1987, 33 p.

16. Prado J., Villalpando J.B. Hieronymi Pradi et Ioannis Baptistae Villalpandi e Societate Iesu In Ezechielem explanationes et Apparatus vrbis ac Templi Hierosolymitani commentarijs et imaginibus illustratus: opus tribus tomis distinctum. Quid vero singulis contineatur, quarta pagina indicabit. San Marcos, Ex typographia Aloysij Zanetti Apud SMarcum, 1596, 574 p.

17. Díaz del Castillo B. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Nicolás San Juan. México, Tomo, 2011, 201 p.

18. Cortés H. Cartas de relación. Barcelona, Castalia, 1993, 208 p.

19. Malgouyres P. La Misa de san Gregorio. Taller de San José de los Naturales. Ciudad de México, 1539. Medellín, Universidad de Antioquia, 2015, 64 p.

20. De Sahagún B. Historia general de las cosas de la Nueva España. Madrid, Dastin, 2001, 530 p.

21. Doctrina christiana y catecismo para instrucción de indios. Fascim. del texto trilingüe..., Corpus Hispanorum de pace. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, 262 p.

22. Havestadt B. Chilidúgu, sive, Tractatus linguae chilensis. Lipsiae: in aedibus BGTeubneri, 1883, 454 p.

23. Cortés Castellanos J. El Catecismo en pictogramas de Fray Pedro de Gante: estudio introductorio y desciframiento del Ms Vit. 26-9 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987, 498 p.

24. De Acosta J. Historia natural y moral de las Indias. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, 332 p.

25. Jiménez Cervera J.A. El modo soave y los jesuitas en China. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, 2007, vol. 22, pp. 169-187.

26. Laurencich Minelli L. La escritura de los Incas a la luz de dos documentos jesuíticos recién descubiertos. *Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 2016, vol. 4, núm. 1, pp. 68-90.

27. León-Portilla M. La riqueza semántica de los códices mesoamericanos. *Estudios de cultura náhuatl*, 2012, vol. 43, pp. 139-160.

28. De Arriaga P.J. La extirpación de la idolatría en el Pirú. Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, 1999, 200 p.

29. Cordero Fernández M. Relaciones autoridades civiles y eclesiásticas en las Visitas de Idolatrías, Lima, siglo XVII. Conflictos y oposiciones. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 2019, vol. 28, pp. 343-370.

30. Ramos-Lissón D. El respeto a la libertad personal de los indios en los iniciadores de la escuela de Salamanca, Vitoria y Soto. En: AA. VV. *Ética y teología ante la crisis contemporánea*, Pamplona, Eunsa, 1980, pp. 215-222.

31. Ruiz Jiménez J. Feast of the Taking of Granada: III. Liturgical Office and Mass of the Taking of Granada. *Historical soundscapes*, 2015. e-ISSN: 2603-686X.

32. Peinado Santaella R.G., López de Coca Castañer J.E. Historia de Granada. II. La época medieval. Siglos VIII-XV. Granada, Don Quijote, 1987, 365 p.

33. Iannuzzi I. Evangelizar asimilando: la labor catequética de Fray Hernando de Talavera hacia los moriscos. *Áreas. Revista internacional de ciencias sociales*, 2011, vol. 30, 55 p.

34. Gutiérrez R. Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica. Madrid, Cátedra, 2010, 808 p.

35. Ngou-Mve N. El cimarronaje como forma de expresión del África bantú en la América colonial: el ejemplo de Yangá en México. *América Negra*, 1997, vol. 14, pp. 27-51.

36. Martínez Shaw C. El Galeón de Manila: 250 años de intercambios. *Revista de Historia Moderna*, 2019, vol. 45, pp. 9-34.

37. Bravo Lira B. La Edad Moderna. Santiago, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1983, 318 p.

38. Menegus M. Los privilegios de la nobleza indígena en la época colonial. En: Cuerpo político y pluralidad de derechos. Los privilegios de las corporaciones novohispanas. México D.F., CIDE-Instituto Mora, 2007, pp. 129-154.

39. Luque Talaván M. 'Tan príncipes e infantes como los de Castilla': análisis histórico-jurídico de la nobleza indiana de origen prehispánico. *Anales del Museo de América*, 2004, núm. 12, pp. 9-34.

40. De León Pinelo A. Recopilación de las Indias. Sánchez Bella I., ed. México. Escuela Libre de Derecho, 1992, 3089 p.; Recopilación de leyes de los reynos de las Indias 1681, Estudios historico-juridicos. México, Porrúa, 1987.

41. Martínez J.L. Hernán Cortés. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1990, 310 p.

42. Lezama Lima J. La expresión americana, Ensayos completos. Almería, Confluencias, 2010, 183 p.